

Sandor Kocsis o el genio

LUIS RACIONERO

El genio, en todas sus formas, alcanza un nivel de impacto que lo hace atractivo, independientemente del medio en que se exprese. Genio es facilidad en lo perfecto, sencillez en la realización de lo más complejo, hacer lo que, una vez hecho, se ve que no podía ser de otro modo: un aria de Mozart, la voz de María Callas, el genio de Chaplin, la línea de Picasso, surgen incontenibles con la rotundidad de lo inmejorable, la naturalidad de lo completo.

Eso mismo sucedía en fútbol con Sandor Kocsis: lo que él hacía nadie más alcanzó a hacerlo; hemos conocido jugadores más completos, armadores de equipo como Kubala y Di Stéfano, disparadores como Puskas, acróbatas maravillosos como Cruyff, goleadores como Pelé, pero la clase de Sandor Kocsis en el temple del balón, el pase medido sobre la marcha, la visión del espacio penetrable, son cosas que sólo él supo llevar a lo perfecto.

El fútbol, deporte que la juventud de la posguerra engullimos a dosis masivas en los patios de colegio, en una campaña de "panem et circensem" para desviar la libido hispana de la política, nos ha dado, al menos, la capacidad de disfrutar de él como espectáculo, aplicando a su percepción los conocimientos adquiridos.

Ahora que Kocsis ha puesto fin a su vida tirándose por la ventana de una clínica, quiero reseñar los momentos de placer intenso que su fútbol refinado, a mí, entre muchos, hizo disfrutar. El fútbol es un problema de cinemática en el plano: ¿dónde debe dirigirse la pelota, y con qué velocidad, para que, entre varios jugadores en movimiento, con velocidades y direcciones distintas, alcance al jugador del bando parajo, pasando por entre los del contrario? Kocsis tenía una jugada original, que no he visto repetir a nadie, consistente en avanzar por el extremo y pasar a su interior corriendo, más adelantado que él, entre dos jugadores contrarios; la pelota, impulsada por Kocsis sobre la carrera, pasaba por delante del contrario de un lado sin que éste la alcanzara y tampoco iba tan fuerte como para llegar al segundo, quedando justo en medio de los pies del jugador de su equipo. También le vi, volando varios metros, marcar de cabeza un gol desde fuera del área, o tocar de tacón, sobre la carrera, una pelota que venía de atrás, pasarla sobre su defensa y, sin dejarla tocar al suelo, empalmarla de boleas con la pierna izquierda a la escuadra; pero, sobre todo, la suprema elegancia con que lo hacía todo, el no descomponer la figura ni en los peores momentos, el no complicar

una jugada: o perdía el balón o, cuando lo jugaba, no se podía haber hecho de mejor manera.

Su fragilidad, que no cobardía, pues entraba siempre que debía hacerlo, su lentitud de los últimos años y, sobre todo, su frialdad cerebral, de no disputar y correr tras balones perdidos, fueron mal comprendidas por entrenadores mediocres como Olsen y buena parte del público del Barcelona. El aficionado que no comprendió a Kocsis es el mismo que silbaba a Luis Suárez y aplaudía trotones inoperantes como Fusté o Zaldúa, prefiriendo, con un extraño sentido de puritanismo laboral, el esfuerzo inútil de un mediocre voluntarioso a la frialdad dosificada, pero efectiva, de un jugador genial.

Curiosa reacción ésta, que dice bastante sobre la psicología del aficionado barcelonés, que comprende mejor el esfuerzo caótico que la dosificación efectiva, confunde el correr con el jugar y no comprende que un pase bien dado vale varias carreras no culminadas. Recuerdo el medio de Honved, el diputado Boszik, en una jugada que, tras driblar a cinco jugadores del Barcelona, con pelota controlada, la dejó salir por la línea de fondo al no ver ningún compañero en situación adecuada.

Es curioso que José Pla, última persona de quien nos espera-



Hasta José Pla, última persona de la que nos esperaríamos una reseña de fútbol, dedicaría un artículo a Kocsis.

riamos una reseña de fútbol, dedicara un artículo a Kocsis, tras verlo jugar en los Mundiales de Suiza 1954, diciendo que era lo mejor que había visto, juicio en que coincidieron todos los críticos de fútbol de aquellos Campeonatos. Pla, que ya había dicho a los abonados del Liceo que María Callas era infinitamente superior a la Tebaldi, que por aquel entonces hacía furor en Barcelona, descubrió también a Kocsis a los aficionados del Barcelona; curioso paralelismo el de estos dos genios, en medios tan dispares, sublimes cada uno en lo suyo, que no han soportado el retiro y se han suicidado a los cincuenta años. Descansen en paz Sandor Kocsis, las horas de placer que nos ha dado seguirán viviendo mientras dure el fútbol. Y hay para rato. ■

